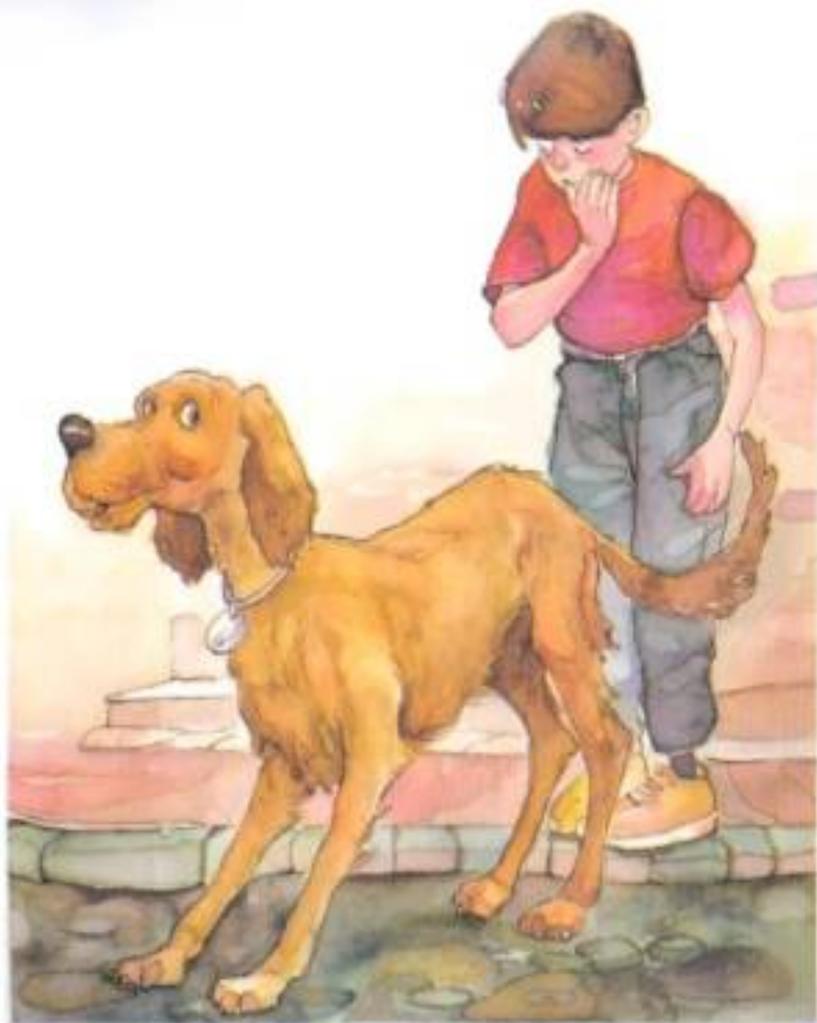


ala delta

Marinella TERZI

**UN PROBLEMA
CON PATAS**



A Marcos le daban miedo los perros. Por eso, aunque le gustaba mucho Carlota, su compañera de clase, se resistía a ir a su casa, ya que la niña tenía un *setter* irlandés, de nombre Catilina. Hasta que, un día, un amigo de Marcos encontró en el parque un cachorro abandonado...

Marinella Terzi es periodista, traductora y escritora. «Un problema con patas», escrito con suma delicadeza y gran conocimiento psicológico del niño, cautivará a los lectores, que no tardarán en considerar a los protagonistas del libro como si formasen parte de su propia familia.

*Porque también yo tuve
dos mecedoras verdes,
un armario repleto de juguetes
y un problema con patas, Rosannina.*

Índice de contenido

Cubierta

Un problema con patas

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

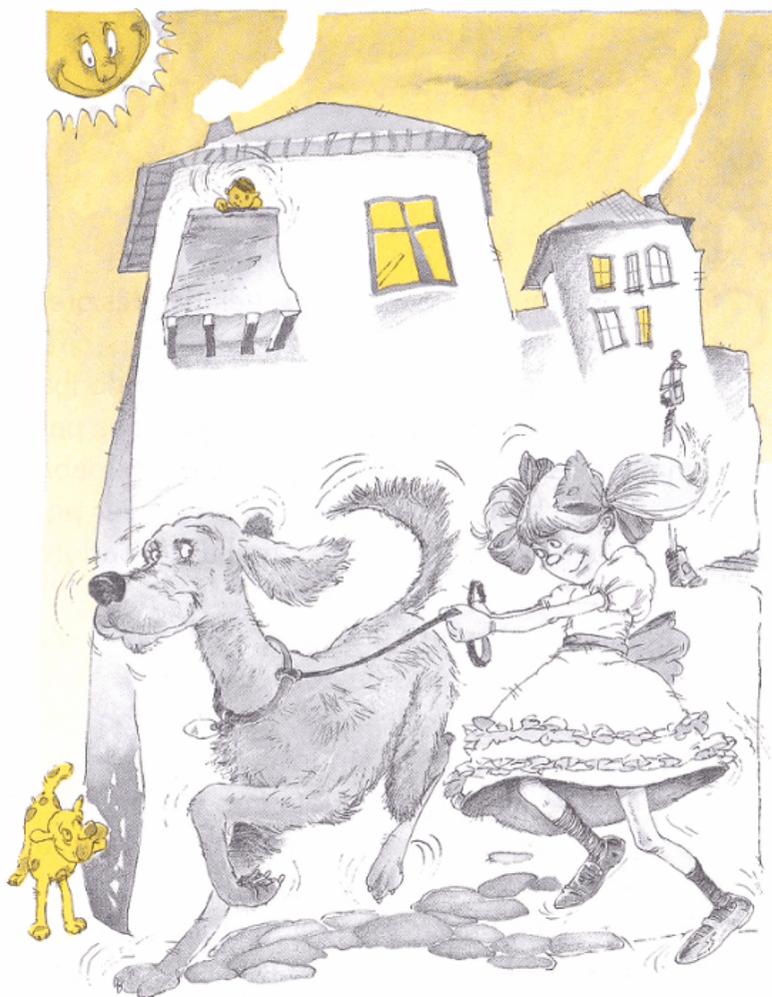
CARLOTA tenía un perro. Un *setter* irlandés precioso, decían...

Las orejas gachas se le balanceaban cuando iba de paseo. Carlota sujetaba la correa. El perro se paraba en cada esquina, husmeaba el suelo, chupaba los zapatos de charol de su ama y, de repente, pegaba un brinco, salía corriendo y tiraba de Carlota tras de sí.

Se trataba de un perro juguetón. La niña no era demasiado fuerte y no podía con él.

Marcos los miraba desde el balcón y le hacían gracia. Parecían divertirse. Cuando llegaban a la farola, el perro se detenía y Carlota con él, tan feliz. A pesar de que andaba medio sudorosa y le faltaba la respiración.

Carlota era simpática. Se reía mucho. Con una risa de campanitas.



En el colegio decían que era un poco cursi, con aquellos lazos rojos tan tiesos que le recogían el cabello en dos coletas. Siempre iba vestida de domingo, daba lo mismo que fuera martes o jueves. Pero no era remilgada. Pese a sus volantitos y a sus vestidos blancos, blancos, no le importaba subirse al columpio y volar muy alto, o tirarse con fuerza por el tobogán del patio de atrás. Lo que pasaba

era que nunca se ensuciaba como los demás, como Marcos.

Durante el recreo se zampaba unos pastelillos recubiertos de chocolate o de fresa, con mucho azúcar. Muy dulces, como ella. Marcos pensaba que quizá era por eso: tantos pasteles en el estómago hacían que fuera tan dulce, tan fina, tan educadita. A lo mejor si él comía pasteles... Pero mamá decía que no. Que lo único que pasaría si comía pasteles era que se pondría gordo, gordo, y los dientes se le caerían a trozos.

—Donde esté un buen bocadillo de jamón... —decía.

Sí, Carlota era muy simpática. Además vivía a dos casas de Marcos. ¿Qué más se podía pedir?

Pero había un problema, un problema bastante grande. Y precisamente ahora el problema levantaba la pata junto al borde de la acera.

Marcos entró en casa.

—Mamá, ¿a ti te gustaría tener un perro?

—Pero ¿qué dices, hijo? ¡Un perro! Con lo sucios que son. Un trabajo más para mí, porque nadie lo iba a cuidar. Además, con el miedo que tú les tienes.

Pues sí, ése era el problema. Marcos, en cuanto veía un perro, salía corriendo. Le daba lo mismo que fuera grande o pequeño, macho o hembra. Ni siquiera se fijaba en esos detalles. Bastaba con que el can se acercara a husmearlo, ladrara de contento o simplemente lo mirara con los ojos muy fijos, muy fijos.

También era mala pata. Carlota ya lo había invitado más de una vez a su casa.

«Tengo un cuarto de jugar que te va a encantar. Con unas mecedoras verdes preciosas y un armario repleto de juguetes. Yo te lo enseño y tú eliges a lo que quieres jugar. ¿Vale?».

Todas las frases de Carlota terminaban con un «¿vale?» cantarín.

Pero Marcos siempre se buscaba alguna excusa: que si tenía que ir al dentista, que si venía su abuela de visita, que si los deberes del colegio... En fin, una lata. Y Marcos tenía miedo de que un día Carlota se cansara y no lo invitara más. Porque así se acabaría su amistad. Casi antes de que hubiera empezado. Por eso se lo dijo a mamá y ésta, como casi siempre, le dio la solución:

—Pues dile que venga ella, así no se traerá el perro. Y podréis jugar toda la tarde, tan contentos. ¡Claro! ¿Cómo no se le había ocurrido a él? Pues no se le había ocurrido porque él no sabía casi nada. En cambio, mamá... mamá ya podía. ¡Con el montón de años que tenía! ¡Así, cualquiera!

Eso no lo pensaba él. Bueno, sí. Lo pensaba desde que lo dijo papá. Papá dijo algo así como que «más sabía el diablo por viejo que por diablo». Luego miró a Marcos y le preguntó si entendía lo que quería decir. El niño tuvo que confesar que ni pizca. Así que papá se lo explicó, con la voz que ponía él cuando quería parecer listísimo:

—Marcos, mamá sabe muchas cosas, ¿verdad? Pues no es sólo porque las ha estudiado. Es que, además, ha vivido mucho y eso le ha hecho aprender de la vida.

Papá se tocó las gafas y se puso muy serio. Lo malo fue que mamá también se puso seria. Y dijo:

—Ya está bien, Manolo. Que el niño se va a creer que soy Matusalén.

¿Y quién era ese señor? Entonces Marcos tuvo que preguntar. Porque si no sabía quién era, ¿cómo iba a imaginar que mamá era él? Y se lo contaron. Resulta que era un señor que vivió muchos años hacía muchos años.

Total, que se hizo la hora de la cena y mamá se fue a la cocina. Entonces papá se puso contento, porque a mamá se le había pasado el mal humor. Ya no se acordaba de que la había llamado vieja.

Después Marcos, ya en la cama, había pensado que si era mejor aprender de la vida que en la escuela, no tenía por qué perder el tiempo estando allí tantas horas. ¡Menu-do despilfarro! Pero, cuando a la mañana siguiente insinuó su idea, mamá, que sabía tanto, le dijo:

–¡A callar! Acábate el desayuno y a correr, que llegas tarde al colegio.

Eso ya había pasado hacía mucho tiempo. Por lo menos, por lo menos, una semana. Ahora había que pensar en mañana, que era cuando venía Carlota a jugar.

–¿Y qué nos pondrás de merendar?

–Pues... pan con jamón.

–Es que mañana viene Carlota.

–Ya lo sé, hijo. Pero no hay nada más sano que el pan con jamón.

–¿Y por qué no nos das pan con chocolate?

De todas formas, no sería como los pastelillos que comía Carlota; pero con un poco de imaginación... En cambio, por mucha imaginación que le echasen al jamón...

–Que no, Marcos, que no. Luego te duelen los dientes y tenemos un disgusto.

Bueno, el disgusto lo tendría él cuando viera la cara que pondría su amiga al ver el bocadillo.

A Marcos aún le quedaba la esperanza de que viniera su abuela a pasar la tarde. La abuela traía siempre unas cajitas muy cursis, muy cursis.

Eran azul cielo y en una esquina tenían una cinta rosa, rizada como un tirabuzón. Lo más gracioso de todo era que la cinta estaba pegada con una etiqueta, en la que ponía con letras doradas *FELICIDADES*.

Eso a Marcos le daba risa, porque no era su cumpleaños, ni su santo, ni el día del padre o de la madre, ni siquiera el santo de la portera, que se llamaba doña Restituta.

Su nombre le daba tanta vergüenza a la portera que no se había preocupado nunca de buscar qué día había que celebrarlo. Ella decía que no tenía santo. ¡Menuda tontería! Así se quedaba sin regalos. Sólo le hacían en Navidad. Entonces mamá le daba una barra de turrón, del duro, que era malo para los dientes y en casa no había quien se lo comiera. Pero doña Restituta se ponía muy contenta y decía que qué buenos eran los señores del quinto. ¡Siempre tan atentos!

Pero vosotros os preguntaréis qué había dentro de la caja. Porque las cajas no se comen y nosotros estábamos hablando de la merienda. Pues en la caja había diez pastas surtidas y Marcos pensaba que tocaban a cinco. Cinco para Carlota y cinco para él.

Eso, claro, suponiendo que viniera la abuela, que viniera en el momento de la merienda y que se fijase en Carlota. Si la miraba bien, Carlota le iba a gustar, porque la abuela también era muy fina y le gustaban horrores las

puntillas y los volantes, las uñas limpias y que la trataran de usted.

Pero todo eso era demasiado suponer.

Y se acercaba la hora y la abuela no venía y los bocadillos de jamón ya estaban preparados sobre la mesa de la cocina.

De repente, sonó el timbre de la puerta.

Marcos estaba tan nervioso que le parecía que no podría ni hablar. Eso de tener una invitada, y de postín... Con lo mucho que le gustaba Carlota y lo que hablaban en el colegio. Y ahora, no sabía ni qué iba a decir.

—Pero, Marcos, ¿no has oído el timbre? Ve a abrir, será tu amiguita.

Ya iba, ya iba; pero es que el pasillo se había vuelto muy largo y no se acababa nunca.

Marcos llegó, por fin, a la puerta y se le ocurrió mirar por la mirilla. Justo en el mismo momento el timbre volvió a sonar. ¡Qué susto se llevó el muchacho! Pegó un salto y su cabeza chocó contra la madera. ¡Huy, qué daño! ¡Pues sí que era impaciente Carlota!

Marcos abrió.

Desde luego, aquel señor del bigote no se parecía en nada a Carlota. Llevaba una cartera bajo el brazo y miraba a Marcos con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Está tu mamá, guapo?

¡Qué manía con llamarle guapo! Ya tenía siete años, casi ocho. Los mayores eran bastante tontos.

—Sí, señor.



–Pues vete a buscarla, rico.

¡Huy, qué señor más pesado!

Marcos cerró la puerta y dejó al señor fuera.

–¡Mamá! No es Carlota. Es un señor con un bigote enorme.

Mamá salió de la cocina y se quitó el delantal con mucha prisa. Abrió la puerta y el señor del bigote se había

convertido en Carlota.

–Pues no le veo el bigote por ningún sitio.

–Es que no... Ella es... ¡Carlota!

La niña no sabía qué decir. Se rió y su risa hizo sonreír a mamá. Entonces Carlota se explicó:

–Es que ese señor me ha dicho que ustedes iban a abrir y por eso no he llamado.

¡Claro! Entonces Marcos vio en la puerta de enfrente al señor del bigote. No paraba de hablar y la vecina lo miraba con resignación.

Había sacado de la cartera un montón de folletos de muchos colores.

–Fíjese: usted no tendrá que hacer nada. Simplemente aprieta el botón y «Su Mano Derecha» limpiará por usted. Le dejará las alfombras como nuevas. La utilizará a todas horas. Verá cómo se trata de una inversión, no de un desembolso. Y, en cómodos plazos, ni siquiera se dará cuenta del precio del aparato. ¡Tantas horas libres! Sin duda notará la diferencia.

–¿Y para qué quiero yo tener tanto tiempo? Me aburriría sin nada que hacer –y doña Clara le cerró la puerta en las narices. La vecina de Marcos era así.

El señor no se desanimó. Dio media vuelta, fue hacia la otra puerta y comenzó con su discurso:

–Aquí tiene una verdadera oportunidad. Se trata de la aspiradora «Su Mano Derecha». Fíjese: usted no tendrá que hacer nada. Simplemente aprieta el botón y «Su Mano Derecha» limpiará por usted. Le dejará las alfombras...

–Perdone, pero ya tengo aspiradora –y la mamá de Marcos cerró la puerta.

¡Menudo día tenía el señor del bigote! A Marcos casi le dio pena.

El vendedor le hizo gracia y sus nervios se evaporaron como por encanto. El niño se fue con Carlota a su cuarto y jugaron toda la tarde a vendedores. Carlota se encerraba en la habitación y Marcos golpeaba la puerta con los nudos

llos. Se rieron muchísimo, porque Marcos cada vez se inventaba algo nuevo que vender: jamones, huevos de chocolate, bicicletas, estuches de lápices, balones de reglamento y hasta pipas como las que fumaba papá.

La hora de la merienda se acercaba y a Marcos, de pensar en los bocadillos, se le estaban quitando las ganas de reírse. Con lo que se estaban divirtiendo.

Mamá fue a buscarlos:

–¿Queréis merendar?

–Yo no tengo mucha hambre –contestó Marcos. La verdad era que se le hacía la boca agua; pero cuando Carlota viera los bocadillos... Y la abuela sin venir.

–¡Huy, sí, vale! –chilló la niña alborozada.

Ahora sí que ya no había remedio.

–Bueno, pues venid a la cocina.

Por el camino, a Marcos se le ocurrió que a lo mejor mamá tenía alguna sorpresa preparada. Seguro que encima de la mesa habría una tarta de chocolate.

Pero no, allí seguían los bocadillos de jamón y dos vasos con zumo de naranja. Nada más.

A Carlota los ojos se le abrieron de par en par. Ya sabía Marcos que algo malo iba a ocurrir. Ahora la niña no volvería a jugar con él. Con lo bien que se lo habían pasado.

Pero Carlota dijo algo muy extraño:

–¡Qué ilusión, bocadillos! ¡Con lo que a mí me gustan!

–Cogió el suyo y le dio un mordisco enorme. Aquello sí que era raro...